

nombrarse siquiera con nombre que defina lo que es. Sabemos que Dios es bondad, poder, sabiduría, hermosura y toda perfección; pero no de la manera que estas perfecciones se encuentran en las criaturas, sino de otra infinitamente más cabal, excelente y perfectísima. Pero, ¿qué es esa manera de perfección? Y ¿quién podrá descifrarla? ¡Ah! solamente quien hubiese visto al mismo Dios cual es en sí. *Quis novit sensum Domini?*¹ ¿Quién es éste que conoce los pensamientos del Altísimo? Al Padre, dice Jesucristo, no lo conoce más que el Hijo y aquel á quien el Hijo quiera dárselo á conocer². Y este conocimiento comunicado por el Verbo de Dios, esta revelación hecha al hombre gratuitamente, ésta solamente será un conocimiento, en todo el rigor de la palabra, *sobrenatural*. ¡He ahí los misterios de la Gracia y de la Gloria! Gracia y gloria, tales son los elementos constitutivos de ese orden magnífico sobre que vamos discurriendo. Así es, hermanos míos, que el mundo sobrenatural no es más que el admirable y grandioso conjunto de las relaciones del hombre con Dios tal como es en sí, tal como Él mismo se conoce, y conociéndose se ama, y es infinitamente feliz en la posesión de sí mismo. Visión beatífica de Dios por el hombre: ¡he ahí la gloria! Conocimiento y amor sobrenatural del mismo Dios, comunicado por el Hijo en el Espíritu Santo: ¡he ahí la gracia! La gracia como medio necesario para la gloria, es de la misma naturaleza que ésta; y, siendo ésta absolutamente sobrenatural, no lo es menos aquélla. La Eucaristía es la gracia por antonomasia, es la gloria anticipada; luego la Eucaristía es, por excelencia, el mundo sobrenatural en la tierra.

¹ Rom. II, 34.² Matth. II, 27.

Demos todo el ensanche posible á esta proposición, desarrollándola en la segunda parte.

II.

7. Que Dios, en el exceso de su munificentísima bondad, nos haya elevado al orden sobrenatural, levantándonos á una altura infinitamente superior á todo lo que exigía nuestra naturaleza, es una verdad fundamental de la religión cristiana, sobre la cual descansa todo cristianismo, y está claramente revelada en las Sagradas Escrituras. Nuestro destino natural en la otra vida, dada nuestra fidelidad á la ley divina, no debía ni podía ser otro que el que la misma filosofía moral designa como fin último y bienaventuranza natural del hombre: la perfección de nuestro ser inteligente y libre por el conocimiento de la Verdad y el amor del Sumo Bien, pero no la vista clara de Dios y la posesión de su gloria, que nos hiciera semejantes á Él mismo. Pues esto es, sin embargo, lo que el Señor nos tiene preparado en premio de nuestra fidelidad de un momento. ¡Qué magníficas son sus promesas! ¡Qué grandes son sus recompensas! *Yo mismo seré tu galardón*¹. *Dárseles ha una medida llena y colmada y verdaderamente buena*². *Entra en el gozo de tu Señor*³. *Seremos semejantes á Dios, porque le veremos como Él es*⁴. *Los inundarás con un torrente de delicias*⁵. Para esto será menester que el mismo Dios fortalezca el flaco entendimiento humano, dándole una fuerza nueva, una luz proporcionada á la claridad del objeto; y en efecto el Señor le proveerá de aquella *lumbre de la gloria*, que no será sino una

¹ Gen. 15, 1.² Luc. 6, 38.³ Matth. 25, 21.⁴ 1 Io. 3, 2.⁵ Ps. 35, 9.

irradiación de la luz del mismo Dios: *In lumine tuo videbimus lumen*¹. Para llegar á tan excelsa altura de fin necesitamos también fuerzas superiores á las propias, ensanche de nuestras facultades de conocer y amar, proporcionado á la grandeza infinita del objeto. Dios nos concede esas fuerzas nuevas y sobrenaturales, sin las cuales en vano habríamos sido elevados á tan alto destino. Para subir al cielo necesitamos alas: la gracia nos reviste de ellas. Fe, Esperanza, Caridad, he ahí los vuelos del espíritu hacia Dios en el orden sobrenatural.

8. Pues bien, amados oyentes: por lo que hace al orden de la gracia, la sagrada Eucaristía es el torrente de ellas, es la fuente caudalosa situada en medio de la Iglesia para refrigerar á todos los sedientos y llenar de vida y vigor para la carrera á los viajeros de la eternidad. *De torrente in via bibet, propterea exaltabit caput*². Por lo que mira á la gloria, la Eucaristía nos la hace disfrutar anticipadamente, siendo así, sobre la tierra, la copia más acabada de aquel mundo divino, la imagen del paraíso celestial. *Oh salutaris Hostia, quæ cæli pandis ostium!*³ ¡Hostia de salud que nos abres de par en par las puertas del cielo! Porque si éste consiste, como queda dicho, en la visión beatífica, esto es, en poseer á Dios por presencia personal y contemplar su rostro, y engolfarse en aquel piélago de felicidad de la unión eterna é indisoluble con el sumo Bien; ¿dónde, si no en la Eucaristía, se verifica algo semejante bajo del cielo y durante la peregrinación terrestre? Contemplad los maravillosos efectos de la *Presencia real*.

¹ Ps. 35, 10.² Ps. 109, 7.³ Eccl. in offic. SS. Sacram.

9. Si preguntáis al hombre, colocado fuera de la órbita de la Eucaristía, ignorante de nuestros dulces y sagrados misterios: ¿*Dónde está tu Dios?*¹ — ¿qué podrá responderos, siguiendo el dictamen de su recta razón? Os dirá ciertamente: «Mi Dios está en todas partes, pues Él llena la redondez del cielo y de la tierra.»² Y hasta podría, usando de delicada ironía, preguntaros á su vez: «¿Dónde no está el Inmenso, el Infinito?» Pero vosotros podéis apurar todavía la pregunta: «¿Dónde está el Dios mío, *el Dios de mi corazón*³, dónde está de modo que yo pueda sentir y gozar de su presencia?» ¿Dónde está *afuera*, como deseaba encontrarlo la Esposa de los Cantares⁴, y no encerrado y como aprisionado dentro del ser de las criaturas? Yo sé que mi Dios está en todas partes; donde quiera que hay un átomo de ser, sustentándolo, como latente y escondido debajo del mismo; donde hay un átomo de fuerza, obrando juntamente con el agente como primer motor. Pero ¿acaso esto basta para satisfacer mi deseo de ver á Dios en su ser propio, aislado y como separado de todo lo demás, como objeto distinto y privativo de mi vista? Bien comprendía el Real Profeta que Dios estaba en el país del destierro, lo mismo que en la patria, pues llevábale siempre delante de su vista⁵; sin embargo, estaba triste y pesaroso, recordando, en tierra de enemigos, el lugar del Tabernáculo admirable, el monte de Dios, el sitio propio de su habitación, donde se dejaba *ver: Videbitur Deus deorum in Sion*⁶, y se hacía escuchar de su querido pueblo. *Hæc recordatus sum, et effudi in me animam*

¹ Ubi est Deus tuus? (Ps. 41, 4.)² Cælum et terram Ego impleo (Ier. 23, 24).³ Deus cordis mei (Ps. 72, 26). ⁴ Cant. 8, 1.⁵ Ps. 15, 8. ⁶ Ps. 83, 7.

*meam*¹. ¡Cómo se consolaba entretanto con la dulcísima esperanza de pasar algún día á la casa del Señor! Pero mientras este día se tardaba, ¡cómo se deshacía en deseos de ver le faz de Dios! *Quando veniam et apparebo ante faciem Dei?*² Los fieles fervorosos, los verdaderos cristianos que buscan al Señor, no se contentan con menos que con hallar y descubrir el rostro divino: *Hæc est generatio quærentium Deum, quærentium faciem Dei Jacob*³. Ciertamente, hermanos míos, en la naturaleza no veo más que la imagen del Criador, como pintada en su espejo, en tanto que Él se oculta detrás de la pared⁴; menos aún, veo su sombra, la huella de sus pies⁵. ¡Oh! que en verdad el Dios de la creación es un Dios oculto y escondido⁶, y por más que las criaturas me hablen de Él, por más que me alaben y ponderen sus perfecciones y me señalen el lugar por donde pasó, tengo de gemir como la Esposa, porque: *Mi amado no estaba allí, había pasado*⁷, y de quejarme como Job: *¿Por qué me escondes tu rostro, cual si yo fuese tu enemigo?*⁸

10. Veis aquí, mis amados oyentes, la necesidad que experimenta el alma de poseer á Dios personalmente. Esta es la necesidad que se ha dignado el mismo Dios satisfacer plenamente por virtud de su presencia real, como Dios y hombre, en el Sacramento de nuestros altares. Este es el tesoro de todos los tesoros, de la verdadera Esposa de Cristo, sin el cual el mismo cristianismo quedaría incompleto, y por cuya pérdida voluntaria le tienen mutilado y sin vida los desgraciados

¹ Ps. 41, 5.² Ps. 41, 3.³ Ps. 23, 6.⁴ Cant. 2, 3.⁵ *Vestigia eius secutus est pes meus* (Iob 23, 11).⁶ Is. 45, 15.⁷ Cant. 5, 6.⁸ Iob 13, 24.

sectarios del error, los herejes de los tres últimos siglos que apenas conservan una vana sombra de la Eucaristía. Preguntad si no al cristiano que, dueño de todos nuestros dogmas y sacramentos, careciese únicamente del Sacramento del Altar: «¿Dónde está tu Dios?» Él os respondería con entusiasmo: «*Mi Dios está en el cielo*¹, haciendo la felicidad de millones de almas bienaventuradas que allí le gozan y contemplan.» *El trono del Señor está en el cielo*². Pero, ¿no se le hallará también personalmente en la tierra? ¡Oh! sí, por dicha nuestra, pues *El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros*³. *Fué visto en la tierra*, había dicho proféticamente Baruch⁴, *y conversó familiarmente con los hombres*. Mas, ¿no subió, tras breve peregrinación de treinta y tres años, otra vez al cielo, y no está allí reinando glorioso á la diestra de su Padre? Verdad es que regresó al seno del Eterno Padre, como había de él descendido, y dejó el mundo, según lo anunció formalmente á sus discípulos: *Sali del Padre y vine al mundo; ahora dejo el mundo y vuelvo al Padre*⁵. Quédanos, no obstante, su palabra, resonando, como eco inextinguible, de generación en generación hasta la consumación de los siglos, y en este sentido nos queda el mismo Jesucristo: *He aquí que yo estoy con vosotros hasta el fin de los tiempos*⁶. Quédanos, además de su voz, su acción salvadora y eficaz, la virtud de su sangre y de sus méritos, la gracia de sus sacramentos, el poder y autoridad de su Iglesia; quédanos su cuerpo místico... ¿Qué más podemos anhelar? ¿Qué más se necesita para decir con toda verdad: *Con vosotros está Dios?*⁷

¹ Ps. passim.² Ps. 10, 5.³ Io. 1.⁴ Bar. 3, 38.⁵ Io. 16, 28.⁶ Matth. 28, 20.⁷ Matth. 1, 23.

II. Y, sin embargo, si olvidáis la presencia eucarística, no habéis dicho todo, habéis dejado lo más grande y admirable: *el lugar del Tabernáculo*¹. Tal sería la suerte del protestantismo, aun en el caso de que poseyera, con el conocimiento sobrenatural de Jesucristo, la verdadera caridad del Espíritu Santo y la eficacia de los otros Sacramentos. Desgraciadamente para los disidentes, de nada de todo esto pueden gloriarse, porque nada les queda, habiéndose reducido á ramas secas y marchitas del árbol secular del cristianismo. En cuanto á nosotros, dichosos poseedores de todos los tesoros del mundo sobrenatural, no sólo tenemos al Dios vivo viviendo en medio de su Iglesia, como Rey de los siglos, Jefe y Cabeza real, aunque invisible, del reino de Dios sobre la tierra, sino que, fuera de todo esto (que es ya de inestimable valor), poseemos á Dios hecho hombre, al verdadero *Emmanuel*, real y verdaderamente presente en su palacio, en nuestros templos, ocupando su regio trono en el altar, rodeado de la corte más magnífica que tuvo jamás ningún monarca, recibiendo perennemente las adoraciones de millones de almas que no saben vivir sino al pie del Tabernáculo. ¡He ahí á mi Dios! ¡He ahí al Dios á quien con tanto afán andaba yo buscando! *Ecce Deus, Salvator meus!*² Ya puedo dar rienda suelta á mi alegría, diciendo con la Esposa enamorada: «Hábíale buscado por calles y plazas y no había podido encontrar al amado de mi alma: pasé un poco más adelante, y *he aquí que le he encontrado.*»³ «¡Feliz hora, exclama el autor de la Imitación, en que Jesús llama al alma de las lágrimas al gozo del espíritu! ¡Feliz la hora en que oyó Magdalena decir á su hermana: Aquí

¹ Ps. 41, 5.² Is. 12, 2.³ Cant. 3, 1. 4.

está el Maestro, *Magister adest!*¹ Porque, «así como estar sin Jesús es un verdadero infierno, así estar con Jesús es dulce paraíso»². Con la posesión del Dios sacramentado, ¿qué falta, hermanos míos, para ver á Dios *cara á cara?* Convengo en que todavía nos rodean las sombras misteriosas, que no se romperán hasta el día de la Visión; pero así y todo; ¿no estamos ya en los umbrales y como en la antecámara del cielo? ¡Ah! si el Profeta exclamaba delante del Tabernáculo, como fuera de sí por la vehemencia del afecto: *¡Cuán amables son tus tabernáculos, Señor de las virtudes! ¡Anhela y desfallece mi alma en los atrios del Señor! ¡Bienaventurados los que habitan en tu casa, Señor: alabarte han por siglos de siglos!*³ — ¿qué deberemos decir nosotros delante del altar donde, no ya en signos y figuras, sino en toda la realidad de su presencia, aunque cubierto por los velos de las especies, para no deslumbrar nuestros débiles ojos, está el gran Dios y Señor de los cielos y la tierra? Sí, lo roban á nuestras miradas los velos de los accidentes; pero, aunque á oscuras, ya podemos decir como la Esposa abrazando á su amado: *Téngole asido y no le soltaré*⁴; en mis manos le tengo, en mis labios, en mi pecho. *Pondréle á descansar en mi regazo*⁵.

12. De aquí, ¡qué delicias inefables para el corazón! Si á la visión beatífica corresponderá la fruición, el goce sin medida, el torrente de deleites con que *embriagará* Dios á los escogidos moradores de su casa⁶; también aquí, en este ensayo de bienaventuranza que

¹ Io. 11, 28.² Imit. 1. 2, c. 8.³ Ps. 83, 1. 5.⁴ Tenui eum, nec dimittam (Cant. 3, 4).⁵ Inter ubera mea commorabitur (Cant. 1, 12).⁶ Inebriabuntur ab ubertate domus tuæ (Ps. 35, 9).

forma la divina Eucaristía, al conocimiento y aprensión que tengo de un Dios realmente presente, no sólo delante sino aun dentro de mí, no puede menos de corresponder un género de amor encendidísimo y de goce proporcionado, que no parece poder hallarse en otra parte debajo del sol. ¿Dónde gustar más regaladas delicias que al pie del altar? ¿Dónde podré amar á mi Dios con más ardor y dulzura que en la comunión? Verdaderamente es aquí donde me cumple decir con el Profeta: *Mi alma anhela, se pierde y desfallece*¹. ¡Ah! si no desfallecemos en santos deliquios de amor, si todavía permanecemos tibios en contacto del Dios sacramentado, es, hermanos míos, sin duda alguna porque nuestros ojos, como los de los discípulos de Emmaús, están como cerrados y oprimidos por una extraña fuerza que no nos deja conocerle². Estamos ciegos. Nuestra fe, aunque firme en la profesión, está como nublada en la práctica, como un espejo empañado por el polvo de muchos años. Avivemos nuestra fe por el recogimiento. La fe, bien lo sabéis, aunque oscura esencialmente, puede llegar á ser tan viva que produzca no sólo la certeza, sino hasta la impresión sensible de la presencia de Dios. David lo experimentaba así, supuesto que decía: *Mi corazón y mi carne se alegraron en Dios vivo*³. Millares de almas santas han experimentado lo mismo en el uso de la sagrada Eucaristía. ¡Qué fuente de delicias no hallaron en ella las Teresas, las Magdalenas de Pazzis, los Ignacios, los Franciscos de Borja, los Luises Gonzagas!

13. Concluyamos. La Eucaristía, ó Buena Gracia, es el don más precioso que pudo hacer Dios al hombre

¹ Concupiscit et deficit (ubi supra).

² Luc. 24, 16. ³ Ps. 83, 3.

viador, porque es no sólo el camino que le conduce al cielo, *al seno de Dios*, término y corona del orden sobrenatural, sino que es este mismo orden abreviado, el trasunto más feliz de aquel mundo de lo divino, de aquella bienaventuranza superior á todo derecho y á toda aptitud de naturaleza criada, que consiste en ver á Dios en sí mismo y poseerlo eternamente. ¡Bendigamos al dador de tanto Bien! ¡Bendigamos fervorosos al Dios de la Eucaristía, que es el mismo que forma las delicias de los bienaventurados! *En la noche de esta vida ya podemos alzar nuestras manos al Sancta-Sanctorum de la eternidad*¹.

SERMÓN SEGUNDO

(predicado en la Catedral de Bogotá, Enero de 1885).

Jesucristo, fuente de vida sobrenatural en la Eucaristía.

Ego veni, ut vitam habeant, et abundantius habeant.

Yo he venido á darles sobreabundante vida.
Io. 10, 10.

1. Aunque la vida en el hombre sea cosa tan efímera y despreciable, que, al decir del santo y prudentísimo Patriarca de Idumea, no es más que una ráfaga de viento², y, según el Apóstol Santiago, un poco de vapor que inmediatamente se disipa³, y finalmente, como la pinta el Sabio, es la huella de una nube⁴ desbaratada en un abrir y cerrar de ojos por la menor oscilación del viento; no es, sin embargo, menospreciable

¹ In noctibus extollite manus vestras in Sancta (Ps. 133, 3).

² Iob 7, 7. ³ Iac. 4, 15. ⁴ Sap. 2, 3.